



Sobre la libertad

Por: José Ignacio Soto Rodríguez.

El miedo a la muerte viene del miedo a la vida.

Un hombre que vive plenamente está preparado

Para morir en cualquier momento.

-Mark Twain

Mucho se ha dicho acerca de la existencia, así como mucha ha sido la profundidad del análisis y del pensamiento referidos a ella. En ciertos momentos de la historia, las preguntas filosóficas surgidas desde el *análisis existencial* han cobrado gran preponderancia. Tales preguntas se caracterizan, como ya se podrá advertir, por abordar los porqués de la existencia, así como la *pregunta por el ser*.

Para algunos, el preguntarse por la existencia puede parecer algo burdo o vulgar y para otros, lo burdo y vulgar no es sino plantearse de manera vaga la *pregunta por el ser*, tal como sugerirá Martin Heidegger (1997. P. 15). De la misma forma, y en relación con la existencia, se considera aquí que se ha vulgarizado la pregunta sobre la *libertad*.

Libre albedrío, libertad de expresión, libertarismo, etc., son términos que cuando se emplean podríamos decir de ellos que dan por sobreentendido lo que es la *libertad*. Sin embargo, desde una mirada filosófica y, por tanto, crítica, no se da por sentado el significado del término, sino que resulta más conveniente realizar algunas preguntas: ¿cómo la llamada *libertad* y la pregunta en torno a ella pueden afectar el transcurrir existencial del hombre? ¿Es la *libertad* algo inherente al hombre como lo presuponen los ahora llamados derechos humanos? ¿La *libertad* es



algo que se construye o es algo a lo que el hombre pretende llegar a partir de sus acciones y decisiones? ¿Puede haber algo así como la *libertad*, siendo que esta parece presentar ciertas contradicciones o ironías en su consideración?

Tomando en cuenta que hay múltiples acepciones del término, y en relación con las preguntas anteriores, surgen otras cuestiones y estas son, ¿puede verse la *libertad*, paradójicamente, como una condena? Y, ¿es posible decir que el cuestionarse con respecto a la *libertad* implica caer en el absurdo?

Para resaltar el sentido de las preguntas previas, hay que mencionar que el término *libertad* tiene tres significados fundamentales que corresponden a tres concepciones que se han intercalado en el curso de su historia y que pueden mostrarse de manera siguiente:

1. La concepción de la *libertad* como autodeterminación o autocausalidad, según la cual la *libertad* es ausencia de límites y de condiciones.

2. La concepción de *libertad* como necesidad que se funda en el mismo concepto de autodeterminación, pero que atribuye la autodeterminación misma a la totalidad (Mundo, Sustancia, Estado) a la cual el hombre pertenece.

3. La concepción de la *libertad* como posibilidad o elección, según la cual la libertad es limitada y condicionada, esto es, finita.

Con base en la primera concepción presentada, el análisis más pertinente es el realizado por Aristóteles, para quien la *libertad* es absoluta, incondicionada y, por lo tanto, no sufre limitaciones ni tiene grados, y se expresa diciendo que es libre lo que es causa de sí mismo. Si bien el análisis aristotélico de la voluntariedad de las acciones parece apoyarse en el concepto de la *libertad finita*, la definición de lo



voluntario es la *libertad infinita*: voluntario es lo que es *principio de sí mismo*. Aristóteles dice que la virtud depende de nosotros lo mismo que el vicio:

En efecto, siempre que está en nuestro poder el hacer, lo está también el no hacer, y siempre que está en nuestro poder el no, lo está el sí; de modo que si está en nuestro poder el obrar cuando es bueno, estará también en nuestro poder el no obrar cuando es malo. (Aristóteles. 1994. p.39)

Aristóteles señala que “el hombre es el principio y el padre de sus actos, tanto como de sus hijos” (1994. P.39). En efecto, sólo para aquel que tiene en sí mismo su propio principio, el obrar o el no obrar depende de sí mismo. Cosa un poco distinta con Santo Tomás, quien agrega que, no es necesario para que haya *libertad* que el hombre sea la primera causa de sí mismo y, en efecto, no lo es, porque tal primera causa es Dios. Pero la *primera causa* no quita nada a la autocalidad del hombre.

La segunda conceptualización puede entenderse de manera más evidente en la Edad Media. Orígenes fue el primero en defenderla en el mundo cristiano, aclarando que la *libertad* consiste no sólo en tener en sí la causa de los propios movimientos, sino también en ser ella esta causa. Esta definición que se aplica a todos los seres vivientes otorga un privilegio al hombre, porque la causa de los movimientos humanos es lo que el hombre mismo elige como móvil, por la razón de ser juez y árbitro de las circunstancias.

Cabe mencionar, en función de la tercera conceptualización, una perspectiva interesante como la de Guillermo de Ockham. Este autor habla acerca de una determinabilidad hacia actos opuestos que expresa la perfecta indiferencia de la voluntad con respecto a toda motivación posible. Ockham, aun negando la posibilidad simultánea de actos opuestos, subraya igualmente la indiferencia



absoluta de la voluntad: "Por *libertad* se entiende el poder por el cual puedo ser indiferente y contingentemente poner cosas diversas, de tal manera que puedo causar y no causar el mismo efecto, sin que exista ninguna diferencia salvo la que existe en este poder" (*Quodl., I q. 16*). Ockham no considera, sin embargo, que la voluntad sea libre en este sentido. La *libertad* se puede conocer sólo por experiencia, ya que el hombre experimenta que, aun cuando la razón le dicte algo, la voluntad puede todavía quererlo y no quererlo.

Habiendo descrito estas concepciones que se tienen sobre la *libertad*, haré mención ahora de un tema importante a tocar en el análisis de ésta: el indeterminismo. En particular, encontramos que, en las formas espiritualistas del indeterminismo, la autodeterminación es considerada como una experiencia interna fundamental, como una especie de "creación" interior. En ese sentido, la *autodeterminación* puede comprenderse como "autocreación del yo" y, tal "autocreación del yo" está correlacionada con el proceso de "individuación del sujeto", un proceso que, desde una perspectiva psicológica, presenta distintas características. En torno a esto último, cito al psicólogo Erich Fromm, quien, en su obra *El miedo a la libertad* (1941) describe:

El otro aspecto del proceso de individuación consiste en el *aumento de la soledad*. Los vínculos primarios ofrecen la seguridad y la unión básica con el mundo exterior a uno mismo. En la medida en que el niño emerge de ese mundo se da cuenta de su soledad, de ser una entidad separada de todos los demás. Esta separación de un mundo que, en comparación con la propia existencia del individuo, es fuerte y poderoso en forma abrumadora, y a menudo es también amenazador y peligroso, crea un sentimiento de angustia y de impotencia. Mientras la persona formaba parte integral de ese mundo, ignorando las posibilidades y responsabilidades de la acción individual, no había por qué temerle. Pero cuando uno se ha transformado



en individuo, está solo y debe enfrentar el mundo en todos sus subyugantes y peligrosos aspectos. (Fromm. 2005. p.54)

Así, a medida que el individuo va desarrollándose y creciendo, este proceso de *individuación*, al entenderse como un ente distinto a lo demás, va creando en el entendimiento de la persona una serie de pensamientos con respecto a su voluntad y lo que es aprendido que debe hacer. Es el miedo y la sumisión ante este carácter de individualidad que generan en el individuo una necesidad de regresión en el desarrollo, viéndose sometido y dependiente de otro algo o alguien que sosiegue la angustia. Al respecto Fromm menciona:

Del mismo modo que el niño no puede volver jamás, físicamente, al seno de la madre, tampoco puede invertir el proceso de individuación desde el punto de vista psíquico. Los intentos de reversión toman necesariamente un carácter de sometimiento, en el cual no se elimina nunca la contradicción básica entre la autoridad y el que a ella se somete. Si bien el niño puede sentirse seguro y satisfecho conscientemente, en su inconsciente se da cuenta de que el precio que paga representa el abandono de la fuerza y de la integridad de su yo. Así, el resultado de la sumisión es exactamente lo opuesto de lo que debía ser: la sumisión aumenta la inseguridad del niño y al mismo tiempo origina hostilidad y rebeldía, que son tanto más horribles en cuanto se dirigen contra aquellas mismas personas de las cuales sigue dependiendo o llega a depender. (Fromm. 2005. p.55)

El hombre depende pues de un sometimiento, ya sea el que uno ejerza o el que se ejerza contra uno. Un hombre al encontrarse en la completa disposición de actuar a disposición propia, pronto caería en la desesperación. El hombre crece sometido a algo o alguien y se hace dependiente de esa relación. Es un juego dialéctico que parece no tener fin. Al verse inmerso en esta problemática y esta irónica situación



con respecto a su *libertad*, el hombre parece no ser libre después de todo. El hombre, de ese modo, siente miedo de ser libre, puesto que se encuentra en un choque directo consigo mismo y su propia individualidad, y es sólo por sí mismo que debe construirse en el mundo.

Por otra parte, el filósofo francés Jean-Paul Sartre, en su obra *El Ser y la Nada* (1943) aborda el tema de *la condena de la libertad*. Desde la perspectiva sartreana parece que la *libertad* no es otra cosa que una condena, algo de lo cual no podemos desprendernos y, en vez de hacernos cada vez más dueños de nosotros mismos, nos planta márgenes desde los cuales desarrollarnos en nuestro tránsito existencial. Sobre ello, Antonio Delhumeau comenta:

Sartre señala en *El Ser y la Nada*, que las cosas son opacas, inertes, al grado de que, en su densidad, nos resultan impenetrables. La espontánea libertad, en la cual radica su esencia, no le permite al ser humano compenetrarse con la fijeza rígida de lo inorgánico e inanimado. Y esta libertad radical ante el ser es una nada de ser, la conciencia es una fisura o una “falla” en el ser, por lo cual Sartre denomina a su fenomenología *El Ser y la Nada*. (Delhumeau. 2012. P.26)

Con lo anterior tenemos que, es en esta mencionada “falla” en el ser en la que el ser humano toma conciencia de sí y de su libertad, de su impuesta libertad por actuar ante las circunstancias y su contexto. Es un choque de la conciencia del ser entre el deber y el querer, la razón y la voluntad, de la que el ser no puede desprenderse y, a ello es a lo que se refiere Sartre cuando dice que somos libres y esa es nuestra



condena. Sin embargo, y para finalizar, señalamos lo que parece ser una suerte de resistencia derivada de esa nuestra condena, de esa *libertad*:

Sartre observa que, con frecuencia, la conciencia se resiste a asumirse como nada de ser, esto es, nada pre-dicho o pre-establecido, nada en la cual radica el ejercicio mismo de la libertad al elegir el hombre, a cada momento, una posibilidad entre otras; esta resistencia a la libertad se expresa en justificaciones causales, trátase de un destino previamente establecido, de una cierta condición de clase, de un cierto tipo de infancia, o de cualquier otra causa; y a este postulado de una causa que supuestamente me exime de mi libertad y, con ella, de mi responsabilidad, Sartre la denomina mala fe. El hombre, condenado en su esencia a ser libre, presenta la tendencia a la mala fe para evadir la angustia de ser lo que todavía no es, o sea, la mera posibilidad de ser. Y ello se da en tanto que el hombre no es lo que ya es en su esencia, su libertad, que radica en una mera posibilidad, en un proyecto; esto implica es que cada ser humano es lo que todavía no es (Delhumeau. 2012. P.p. 26-27).

Referencias:

- Aristóteles. (1994). *Ética a Nicómaco*. España: CEPC.
- Delhumeau, A. (2012). Jean Paul Sartre: a cincuenta años de la Crítica de la razón dialéctica. *Estudios Políticos*, 25, 25-35.
- Fromm, E. (2005). *El miedo a la libertad*. Argentina: Paidós.
- Heidegger, M. (1997). *El Ser y el Tiempo*. México: FCE.